

cesidades presentes el remedio oportuno, y conveniente á vuestra mayor gloria, honra y provecho del espíritu, disponiéndome de suerte, con vuestra divina gracia, que no piense, ni desee, sino ver cumplida vuestra voluntad santa y agradable, y que en los trabajos, y los gozos igualmente os alabe y engrandezca. Amen, Jesus.

Siete Padre nuestros, Ave María, Ave José y gloria Patri.

PRIVILEGIO SÉPTIMO.

Alcanzar sucesion en las familias.

ORACION SEGUNDA

PARA EL SÉPTIMO DIA.

Clementísimo Dios y Señor, refugio y consuelo de nuestras necesidades, que os dignásteis el conceder á vuestro amado siervo Señor San José la honra de que fuese tenido en la tierra por Padre del que es vuestro Hijo y en quien teneis puestas vuestras complacencias; suplicoos humildemente, que por sus méritos y ruegos se logre en las familias católicas la sucesion que convenga á

vuestro mayor agrado, servicio de la Iglesia y aumento de la Religion, y en mí, el mayor peccador de los hombres y en todos vuestros fieles, que produzcan gloriosos frutos de pensamientos rectos en nuestro entendimiento, de verdadero amor vuestro en nuestra voluntad, y que nuestra memoria se ejercite en recuerdos de vuestros altísimos beneficios, para que reconociéndoos único Autor de todo nuestro bien, evitemos cuanto pueda ser ofensa vuestra, y sea todo nuestro cuidado bendeciros y alabaros con himnos y cánticos agradecidos, en compañía de todos los Santos Ángeles y almas bienaventuradas, como vuestro glorioso siervo el Señor San José lo hizo en la tierra y hace en el cielo por eterna duracion. Amen.

Siete Padre nuestros, Ave Marias, Ave José y gloria Patri.

CAPITULO X.

AHORA Y EN LA HORA DE NUESTRA MUERTE,

AMEN, JESUS.

59. *Señor San José, Protector de la buena muerte.*—Aunque el Señor San José, como nos

dicen los Doctores y Padres de la Iglesia, es Protector universal para alcanzar toda especie de gracia, pero la esperiencia enseña, que su intercesion sirve singularmente para alcanzar una buena muerte. Por esto la Iglesia nos autoriza á que le digamos, de un modo el mas semejante á la Madre de Dios, *que ruegue por nosotros, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amen, Jesus.*

Grandes motivos nos obligan á ver en el Señor San José el Protector de los cristianos, para que todos los que lo invoquen tengan una buena muerte y se verifique que los devotos josefinos sean en aquella hora de tanta angustia y afliccion, cubiertos con las álas poderosas de su manto. La primera razon la fundamos, en que él es el Padre nutricio del Soberano Juez: porque si Moisés, llamado por Dios para ser el gefe y conductor de su pueblo, era de tanta autoridad para con su Majestad Divina, cuando oraba en favor de los criminales, y su oracion tan poderosa, que le ataba las manos, ¿qué sucederá con la oracion de José? ¿de José, digo, llamado por Dios para ser el gefe y conductor, no de un pueblo de hombres, sino de las dos personas mas queridas de Dios?

¿de José, cuya Santidad, inocencia y virtud, eran la suprema despues de la que se concedió á María? ¿de José, á quien el Juez de vivos y muertos lo apellidó con el dulce nombre de Padre? No cabe duda, que su Patrocinio es el mas poderoso, que nada resiste á sus méritos, y que desde el momento que intercede en favor de un devoto suyo, un torrente de gracias poderosas y eficaces se precipitan sobre él, y ellas hacen que muera bien aquel mismo que habria muerto en pecado sin la intercesion del glorioso Patriarca. ¡Así con tanta confianza y amor verdadero, hemos de decirle, fervorosos, una y muchas veces, que ruegue por nosotros, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amen, Jesus!

La Iglesia nos exhorta que digamos á José, *que ruegue por nosotros ahora y en la hora de nuestra muerte*, porque él es el Protector de todos los que mueren bien, ya que segun el testimonio de la misma Iglesia, José posee de llano un poder formidable é irresistible contra el demonio. Por otra parte, él mismo mereció tan honroso título, al librar con tanta gloria el Divino Niño de la muerte que le preparaba el demonio por

medio de Herodes. José lo trasportó de hecho á Egipto, y esta victoria fué como el principio de la que alcanza todos los días, librando á las almas de sus devotos. Entonces llevando en sus brazos al Divino Niño, apenas llegó á Egipto, cuando los ídolos cayeron, cesaron los oráculos, y dejóse de adorar en ellos al padre de la mentira. Victorias que alcanzó Jesus, pero que no quiso obrarlas sino por medio de José, á quien respetaba como á su Padre. Desde aquel momento, el infierno fué vencido por José, y José comenzó á ser el terror de los infernales espíritus: desde aquel momento, cuando el demonio penetra en la cama de un moribundo, y éste ha sido en vida verdadero devoto del Señor San José, huye prontamente, porque se encuentra como atajado y sin fuerzas para tentarle. ¡Así premia Dios á José los servicios que le hizo durante su vida mortal! ¡Así liberta el Santísimo Patriarca á sus devotos agonizantes! ¡Así es digno, de que le digamos con la Iglesia, que ruegue por nosotros, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amen, Jesus!

En suma, es José el Protector de la buena muerte, porque la suya fué la mas preciosa que

ha habido y que habrá: mas por esta causa, José, no solo es el Protector de los agonizantes, sino que es tambien su defensor, y es ademas, el grande amigo que en aquella hora suprema dulcifica el terrible paso de la muerte, y lo hace tanto mas dulce y apacible, cuanto que su muerte se verificó en los brazos de Jesus y de María. ¡Qué ministerio tan útil el de José, para la hora de la muerte! Él habia recibido las mas dulces consolaciones, pero consolaciones cual convenian al que siendo el mas justo, el mas santo y el mas perfecto, murió en compañía de la misma dulzura y de la misma suavidad.

¡Ah! honor, gloria y alabanza al Señor San José, porque desde entónces segun se espresa San Bernardino de Sena, *el Santísimo Patriarca posee las consolaciones, las dulzuras, las luces de la fé y de la caridad; desde entonces las derrama gustoso y liberal en favor de todos los que le invocan; desde entonces, la Iglesia ha visto en él, al que ruega por nosotros en la hora de nuestra muerte, y desde entonces los fieles lo invocan con toda confianza y amor.* ¡Ah! amemos á José, y tomemos la resolucion de repetir tres veces al dia, con el mayor afecto:

Jesús, José y María, yo os doy el corazón y el alma mía.

Jesús, José y María, asistidme en mi última agonía.

Jesús, José y María, haced que espere en paz y en vosotros, el alma mía.

60. *Señor San José Protector de los agonizantes.*—Es muy significativa la conducta de Jacob al ver que se le acercaba la hora de su muerte, pues nos refiere el Sagrado Texto, que entonces llamó á José. Este hecho importantísimo nos conviene saberlo apreciar bien, porque nos marca nuestra conducta al acercárenos nuestra última hora.

Estad prontos, nos dice Jesucristo, *porque vendrá el Hijo del Hombre cuando ménos lo pensareis*: ha de venir un momento, en el cual hemos de encontrarnos ante el Supremo Juez para ser juzgados, y ser juzgados mediante una sentencia tan solemne, que no dá lugar á la apelación. Es evidente que Jesucristo es nuestro Abogado celestial; que María, es nuestra Abogada por gracia y privilegio, y que despues de María, entra José; mas nadie crea que este título es efecto de

la devoción exajerada, sino que es la misma realidad; por esto, toda la Iglesia le apellida el Protector de los agonizantes, como que es el que ruega por nosotros en la hora de nuestra muerte.

José es el Protector de los agonizantes, porque es el mejor amigo; y todos tienen de él tanta mayor necesidad, cuanto que en la hora de la muerte todo huye, el mundo pasa, los amigos se separan, y solo el agonizante es el que va á entrar en la eternidad. ¿Y cuál será el resultado? ¿Qué ansias sobre la sentencia? ¿Qué dirá el Supremo Juez? ¡Oh! ¡para entonces principalmente tenemos necesidad de un amigo que nos proteja, un amigo que nos anime cuando el mundo nos desampare, y un amigo de tanto poder, que nos ayude á vencer á todos nuestros enemigos! ¡Oh! ¡feliz el católico que durante su vida ha sido devoto del Señor San José!

San José es nuestro Protector, singularmente en la última hora, y ha merecido tan hermoso título con las continuas visitas que ha hecho á sus devotos; y las hace, porque sabe bien lo que costamos á su legal Hijo Jesús. Y á la manera que el demonio se opone terriblemente á nuestra salvación, así el Señor San José obra

en favor del moribundo, con tanto ardor, que reduce á la nada sus terribles esfuerzos; José, como Protector de los agonizantes, en los últimos momentos les dá socorros eficaces, les comunica los mas dulces consuelos, les hace entrega de gracias extraordinarias, é interpone su valía é intercesion ante el Divino Juez; José, como que es el terror del infierno, aparta del moribundo á los espíritus infernales, rodea su cama con santos ángeles que lo consuelan, se les presenta él mismo lleno de dulzura y de bondad, los anima, declarándoles que él será su defensor, y que les alcanzará un buen despacho. Por esto comienza su piadosa operacion alentando su fé, sosteniendo su esperanza é inflamando su caridad; por esto, les hace conocer la vanidad de las cosas terrenas, la grandeza y la excelencia del cielo; por esto les hace traslucir á María, á Jesus mismo; y por esto, en fin, él mismo los acompaña al divino Tribunal. ¡Oh! ¡qué motivos de confianza en favor del Señor San José! ¡Qué razon tan poderosa para que desde ahora lo honremos eficazmente! ¡Oh! ¡quién fuese del todo de Jesus, de María y de José!

A fin de que tú, lector carísimo, pongas toda tu confianza en el Señor San José y le seas verdadero devoto, piensa que los últimos combates de la vida son los mas difíciles, así como el momento de pasar del tiempo á la eternidad es el mas importante y temible, como se ve en San Hilarion, que temblaba en la hora de su muerte, no obstante de haber pasado mas de setenta años en el servicio de Dios; en San Gerónimo, que estaba temblando con la idea del juicio que lo aguardaba, por cuya razon, tomando una grande piedra se golpeaba fuertemente su pecho.

¡Oh protector de los agonizantes Señor San José! por la agonía que tuvisteis en los brazos de Jesus y de María, os suplico humildemente que vengais en mi ayuda, para que pase seguro de este lugar de miserias á la eternidad feliz. Por esto voy á profesaros una devocion tierna, cotidiana y fervorosa, que tenga por objeto vuestras virtudes, á fin de que, imitándoos, me libreis de las manos del demonio, como librateis á Jesus de las del impío Herodes: y para lograrlo, diré con frecuencia y devocion la oracion del Padre Patrignani que dice: Jesus, José y María, yo os suplico

que seáis mis verdaderos protectores durante mi agonía. Sí, os lo suplico, glorioso Patriarca, ya que tuvisteis una muerte preciosa ante el Señor; por esto imploro desde ahora vuestra protección á fin de que comience á detestar mis pecados, los ódie de corazón y jamás vuelva á cometerlos; y para que imitandoos principalmente en la fé, esperanza y caridad, logre un día la eterna recompensa de la gloria.

60. *San José protector de los pecadores.*—El hombre, aunque criado á imagen y semejanza de Dios, con todo, en fuerza del pecado de nuestros primeros padres, no solo es un pecador, sí que también concebido en pecado, nace en pecado, tiene un corazón inclinado al pecado, y una eternidad de tormentos debiera ser el triste resultado de su caída. Pero Nuestro buen Dios, que había distinguido al hombre en la creación, lo distinguió aun más todavía en la Redención, porque sí para crearlo le dió el resultado de su palabra Omnipotente, para redimirlo le dió á su mismo Unigénito. ¡Qué hecho tan admirable! ¡qué amor tan desmedido de parte de Dios! y ¡qué ingratitud por parte del hombre caído!

El Verbo deja el seno de su Eterno Padre, se hizo nuestra carne y habitó entre nosotros; entonces hizo temblar al infierno, le arrebató la víctima, declaró que había venido para salvarla y para salvarla nació en un establo, vivió pobre, moró oculto en el taller de un artesano, predicó su Evangelio, reunió discípulos, escogió sus apóstoles, estableció su Iglesia; en suma, toda su acción, y su palabra, y su pensamiento, tienen por fin el salvarnos: Y José ¿qué hara? ¿qué ha hecho por merecer ser llamado el protector de nosotros pecadores, y que ruega por nosotros principalmente en la hora de nuestra muerte? ¡Ah! él ha sido testigo de las acciones de Jesús, ha contemplado sus misterios, ha visto sus sufrimientos y aun ha tomado una parte gloriosa en la obra de la redención; ha trabajado como Jesús, en salvarnos, y él mismo nos ha reservado á Jesús que nos había de salvar. ¿Podrá ser indiferente á nuestra salvación? ¿Podría no tomar en ella una parte activa? San José durante su vida sufrió mucho; gimió mucho y padeció mucho para salvarnos; y ahora en el cielo trabaja tanto más, cuanto que la Iglesia nos ha enseñado á suplicarle que ruegue

por nosotros ahora y en la hora de nuestra muerte.

Mas hace el Señor San José en favor de los pecadores; pues así como aborrece infinitamente al pecado, así ama infinitamente al pecador; y al modo que Jesucristo amaba á los pecadores, los buscaba con toda solicitud, comia con los publicanos, se hospedaba con Saqueo, ponía en su compañía á un Mateo, emprendía un largo viaje para salvar á una Samaritana, perdonaba generoso á la mujer adúltera, admitía á la Magdalena, no obstante sus escándalos, salvaba al buen ladron y tomaba, en fin, todas las formas compasivas de Buen Pastor y de Padre del Hijo Pródigo. Y José ¿qué papel representaria en esa misericordiosa escena? ¿Qué haria, sabiendo que tenia por oficio salvar al Salvador del género humano? ¿Qué haria siendo el testigo de las obras de Jesus? No, no cabe duda que se asoció con toda generosidad á las operaciones de su Hijo, y que aceptó todos los dolores del sacrificio del Calvario, ya que por disposicion divina no le era dado asistir á él: así ora por nosotros ahora y en la hora de nuestra muerte.

¿Cómo explicar el amor de José á los pecadores? ¿Cómo contar los beneficios que les ha dispensado? ¿Cómo numerar las santas industrias para que no se pierdan? Solo diremos, que al modo que Jesus deseaba comer la última Pascua con sus discípulos, así José queria ser bautizado con el bautismo de sangre, para salvar á los pecadores: por esto los ama, les dispensa innumerables beneficios, y los libra del infierno desde el momento que se declaran sus verdaderos devotos.

Mas hace José como protector de los pecadores; pues al modo de Jesus y María, les previene, les sale al encuentro, les despierta del letargo de la culpa, les envía gracias poderosas, y así logra su salvacion. ¡Ah! ¿cuántos pecadores han salido de su pecado bajo el Patrocinio del Señor San José? ¿cuántos ciegos han abierto los ojos, y cuántos condenados por sus costumbres han entrado despues al camino de salvacion? ¡Oh! sí; amemos á José, seámosle devotos, esperémoslo todo de su Patrocinio, y él nos recompensará en la hora de la muerte rogando por nosotros con singular fervor.

61. *José asistido de María en su última enfermedad.*—Ahora consideraremos á María asistiendo á José en su última hora, así como sus últimos momentos, ya que ambas cosas nos darán á conocer que ruega por nosotros en la hora de nuestra muerte. José había cumplido ya su misión, correspondido del todo á los designios de Dios, guardado el Depósito Divino del mejor modo posible, y protegido y asistido al Niño Divino y á su Madre. Cuando Jesús rayaba á los treinta años, sus fuerzas físicas estaban desarrolladas y hábilmente instruido para que, humanamente hablando, pudiese ganar su propia subsistencia y la de su Madre en su propio taller. José, falto de fuerzas, hubo de dejar su trabajo hacia algun tiempo; de repente se puso mas grave, comprendió que su última hora había llegado, y lleno de alegría se prepara para comunicar un santo gozo á los padres del Limbo que lo esperaban.

¡Oh venturoso José! ¡quién pudiera contemplar un solo momento de tu última agonía! porque ella fué conveniente al obrero laborioso que acabó toda su tarea, al siervo fiel que cumplido su trabajo recibe el denario que le está prometido,

y el que comprendió exactatamente que Dios lo llamaba para donarle la recompensa. Por esto José está resignado, está gozoso, y no cesa de glorificar al Señor para crecer en merecimientos y santificarse mas y mas.

¡Oh venturoso José! todo en tí fué lo mas grande y lo mas heróico en aquella última hora: y tu fé, la mas vivísima, y tu esperanza, la mas firme, y tu caridad, la mas ardiente, y tu confianza, sobre toda otra confianza, y tu alma tan íntimamente unida á Dios, que mejor que David y que Simeon repetias: Nosotros iremos á la casa del Señor.... Ahora, Señor, puedes dejar en paz á tu siervo, porque mis ojos han visto á la Salud que nos habias preparado....

Entre tanto, María no lo pierde de vista, admira sus brillantes disposiciones, y fija en los principios de su fé, esperanza y caridad, obra en un todo como Esposa, suya y como Madre de Dios, y considera este acto como un aprendizaje de los dolores que sufrir debiera en el Calvario. María siente sumamente la muerte de José, experimenta sus propios dolores, por su compasion y

piedad, y obra en todo con la mas perfecta resignacion y con el mas acendrado amor.

María prodiga á su Esposo todos los cuidados de Esposa, lo asiste en la cabecera de sus sufrimientos, le dirige palabras de consuelo y de ternura; levanta su venerable cabeza, y su contacto virginal le recuerda las cien y cien veces que habia servido de apoyo á la cabeza de Jesus; humedece sus secos y lividos lábios, lábios sagrados que cubrieron de besos la frente adorable del Salvador, y lábios dichosos de los cuales brotaban los Sacratísimos Nombres de Jesus y María. La hacendosa y affligida Virgen no lo pierde de vista, previene sus deseos, le hace todos los servicios y le comunica toda suerte de alivio. ¡Así convenia que obrase María, que habia de ser por excelencia la protectora de los agonizantes! Entre tanto, José llegó á los últimos momentos de su virginal vida.... y Jesus y María se colocan á su lado.... ¿Qué pasaba entonces en el Corazon de José? Nadie puede ni siquiera barruntarlo, porque es asistido por el Verbo de Dios.... José termina su vida penetrado de una alegría inefable y sumergido en el mas sublime éxtasis: ¡así

durmio el sueño de los justos el mas santo, el mas perfecto y el mas justo de entre los hombres! ¡así dormirán en su última hora los verdaderos devotos suyos!

62. *Ultimos pensamientos de San José.*—Asistámos á los últimos momentos de San José, porque viendo su paz, su calma y su tranquilidad, deduzcamos de la muerte del mas justo entre los hombres. Él está pálido, débil, sin fuerzas; pero fijos los ojos en aquel que es la Luz del mundo y en mil y mil delicias de eterna gloria. ¡Oh, qué pensamientos los últimos del Señor San José! Así muere aquel que su presente, su pasado y su porvenir es lo mas satisfactorio.

Muere José, y vé que en todo el curso de su larga vida, no hay ni un momento, ni una acción, ni una palabra, ni un deseo, ni un pensamiento que no le inspire la mayor confianza; porque todo cuanto salió de él fué io mas santo, todo consagrado á Jesus y á María, y todo ejecutado para librarlos, consolarlos, defenderlos, asistirlos é imitarlos: por esto en la hora de su muerte pudo decir: *he acabado el curso de mi vida, he guardado fielmente el Sagrado Depósito que se me confió, y voy*

á recibir la eterna gloria. ¡Qué dicha la de San José! ¡Qué felicidad la suya en sus últimos momentos! ¡Qué gozo tan sobre todo otro gozo! ¡Y qué contento y qué satisfaccion! ¡Así murió el mas santo entre los hombres, y así moriremos nosotros si somos sus verdaderos devotos!

Lo presente le causa las mas dulces consolaciones, porque como fiel obrero del buen Padre de familias, va á recibir su eterna recompensa. Ha concluido su jornal, acabáronse para él los trabajos y las fatigas; va á morir, pero siendo por antonomasia el hombre feliz, tiene á su lado á Jesus que es su Señor, su Dios, y se ve asistido por su Hijo con toda la ternura de su Divino Corazon. José mira á Jesus, cada mirada es un acto heróico de la mas ardiente caridad, y lo ve colocado á su lado: y José ve á María que le torna toda especie de actos de gratitud, y se siente consolado por ella. ¡Jesus y María al lado de José! ¡José entre los brazos de Jesus y María! ¡Ah! su Corazon que ya era todo caridad, desde este momento crece, aumenta y multiplica los dulces resultados de la terrible y amorosa llama. En esta última hora comprendió mas que nunca

las perfecciones del Hombre Dios y las grandezas y privilegios de su Santísima Madre, y por medio de un éxtasis el mas inefable habita ya en el cielo, antes de abandonar la tierra. ¡Qué muerte, qué muerte tan preciosa la de José! Así moriremos si somos justos: así moriremos si somos sus verdaderos devotos.

Lo futuro acaba de llenar la medida de los consuelos del Santísimo Patriarca, porque no solo nada teme, sino que todo lo espera; nada teme, porque ha sido el siervo fiel, su conciencia no le presenta mas que obras buenas, palabras santas, pensamientos divinos, y todo tenido, hablado y obrado por los motivos mas puros y con la mayor perfeccion.

Como hijo de Adán y concebido en pecado, ha de ser juzgado; pero debe pronunciar su sentencia el que ha sido el fiel testigo de todas sus obras, el que ha recibido de él toda especie de beneficios. Será juzgado, pero para oír la mas dulce y consoladora sentencia, sentencia que los devotos josefinos han formulado así: *Venid, ¡oh José! venid Vos, bendito de mi Padre, venid Vos que fuisteis el representante de mi Padre celestial, y*

á quien yo mismo quise llamaros con tan honorable nombre; venid á poseer el reino que os tengo preparado; venid, porque teniendo hambre, me disteis de comer, teniendo sed, me disteis de beber, estando desnudo, me cubriais, y en medio de los peligros, me habeis defendido; venid, pues, y entrad desde luego en el goce del Señor. Así murió José, con la muerte mas excelente, la mas dichosa, la mas honorífica y la mas llena de gloria; murió, en fin, como convenia al Varon distinguidísimo, que para que fuese honrado, el mismo Hijo de Dios quiso tributarle el nombre de Padre.

¿Y será esta tu muerte, devoto josefino? ¡Tu muerte está cerca, porque aun la vida mas larga pasa como un relámpago. ¿Tendrás en aquella hora una parte de la tranquilidad de José? ¿Lo pasado no te dará inquietud? ¿No sufrirás tal vez las mas sérias y fundadas inquietudes? ¿El amor de Dios ha sido el motivo ordinario de tus acciones, de tus palabras, de tus pensamientos y de tus deseos? ¿Has empleado el tiempo segun nos enseña la fé? ¿Cómo has pasado la niñez? ¿Qué te dicen los dias de tu juventud, y el tiempo de la edad madura, qué te recuerda? ¡Ay!

¡ay de tí! ¡por ventura está cerca la noche en la que no verás otro dia! ¡Qué sentimientos los tuyos si ahora entraras en la eternidad! ¿Qué dices, devoto josefino? ¿Qué te dice tu conciencia? ¿Tienes confianza de que irás al cielo? ¿Te encuentras, por ventura, digno de reprobacion? ¿Merecerias, si este momento fuese el supremo de tu vida, ser asistido de Jesus, María y José? ó tal vez los temores de la muerte.....

¡Ah! esto depende de mi vida, y por esto voy á arreglarla de modo que muera bien. *Glorioso Señor San José, moristeis con la muerte de los justos, y aun con la muerte mas preciosa, que, como dice San Bernardino de Sena, recibisteis todos los consuelos y promesas, todas las luces y llamas de ardentísimo amor, y todas las revelaciones de la gloria, por medio de vuestro Hijo Jesus y de vuestra Esposa la Santísima Virgen María. Por estos beneficios, os suplico que me concedais una buena y santa muerte, ya que sois el venturoso y poderosísimo que, segun el testimonio de la Iglesia, rogais por los pecadores, principalmente en la hora de su muerte. Sí, Santísimo Patriarca, lleno de afecto, de ternura, devocion, y con el ardiente deseo de honraros, glo*

rificaros y adoraros con el culto que os pertenece, deseo ser de hoy en adelante vuestro verdadero devoto, y entre otras muestras de mi ternura, os diré repetidas veces:

Dios te salve, José, lleno eres de gracia, el Señor es contigo, bendito eres entre todos los hombres, bendita tu Esposa entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de su vientre, Jesús. Señor San José, dignísimo Esposo de María y Padre putativo de Jesús, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amen, Jesús.

INDULGENCIAS

CONCEDIDAS AL MES DE MARZO.

N. S. P. el Señor Pío IX, por un decreto *urbis et orbis*, de 27 de Abril de 1865, se ha dignado conceder á todas las personas que hagan el mes del Señor San José ó algun piadoso ejercicio todos los dias del mes de Marzo en honor del glorioso Patriarca, 300 dias de indulgencia cada dia, y una indulgencia plenaria el dia del mes que escojan á su arbitrio; todo aplicable á las benditas almas del purgatorio.

ORACION

AL SR. S. JOSE PATRON DE LA IGLESIA UNIVERSAL,
APROBADA POR SU SANTIDAD EL PAPA PIO IX.

¡Glorioso Patriarca Sr. San José! una voz de mucha mas autoridad que la que una vez salió del Trono de Egipto diciendo: Id á José. ha últimamente movido á la gran familia de los cristianos á acudir á tí en sus necesidades.

Mira, pues, á esta extensa familia confiada á tu cuidado: y miranos á todos postrados ante tu Trono Celestial, implorando tu asistencia en nuestras presentes y graves necesidades.

Aunque en medio de nosotros hay todavía muchos inocentes benjamines que sufren y gimen sin culpa suya, sin embargo, nosotros, semejantes á los hermanos del antiguo José, acudimos á tí humillados y confundidos por nuestros pecados, que han atraído sobre nosotros la ira del Cielo; pero nuestros corazones están principalmente afligidos, porque oímos á nuestro venerable Padre, que semejante al manso y piadoso Jacob, se lamenta dulcemente al ver que los últimos dias de su vida están llenos de amargura: ten, por tanto piedad de sus canas y no permitas que cierre sus ojos con el sueño del Justo antes

qué la paz y la salud hayan bajado sobre toda su familia

¡Oh Santo poderoso! este es el primer favor que te pedimos, ya que has sido proclamado nuestro Patron universal: y ¿podrás tener corazon para negárnoslo? ¡Ah! Nosotros esperamos que tú ¡oh segundo José! manifestarás aun mas compasion que el primero: animados por tanto con esta confianza. te repetimos: «Señor San José ruega por nosotros.»

Lo siguiente, escrito por el Santo Padre, fué sacado de su original:

«Die 23 Fer 1871. Fili carissimi ite ad Joseph et ipse intercedet pro nobis in angustiis nostris. Pius Papa IX.»

Hijos carísimos, id á José, y él intercederá por nosotros en nuestras angustias. Jesus, María y José os doy mi corazon y mi alma (Indulgencias, 100 dias). Pio VII. Abril 28 de 1807.

Los Illmos. Sres. Arzobispos y Obispos de México han concedido 800 dias de indulgencia á todas las páginas ó capitulos de todas las obras de la Biblioteca Religiosa.

PEQUEÑO MES DE MARZO.

EJERCICIO PARA TODOS LOS DIAS.

Puesto el devoto josefino de rodillas delante de una Imágen del Santo Patriarca, que la adornará lo mejor que pudiere, hace la señal de la cruz, y comienza diciendo el siguiente:

ACTO DE CONTRICION.

¡Oh Redentor mio, dulcísimo Jesucristo! Si alguna vez te has mostrado Padre de misericordia, nunca con mas razon que ahora que tienes á tus piés un monstruo de maldad y de ingratitud. ¡Qué mas pudieras haber hecho por mí que morir en una cruz, cercado de dolores y de tormentos! ¡Cuánto deberian pasmarse los espíritus angélicos al ver un exceso de amor que no podia caber sino en un corazon infinito! ¿Pero cuál ha sido mi correspondencia? ¿Cuál la paga que te he dado? Apartar de Tí mi corazon y ponerlo en las criaturas: volverte las espaldas y re-